

IV.

Teresa fué depositada al día siguiente en el convento de religiosas.

No pudo despedirse de Esperanza, porque su padre lo impidió, haciéndola salir para Salamanca, acompañada de doña Guiomar, que quedó á su servicio.

La pobre Teresa, que aun no había cumplido quince años, fué poseída de una mortal tristeza; la soledad del claustro la agobiaba; el recuerdo de sus alegres paseos con Esperanza; de las conversaciones por las verjas del piso bajo con los más apuestos caballeros de la ciudad, que ella y su prima tenían á la luz de la luna en las altas horas de la noche; las serenatas junto á las rejas de su cuarto, que á veces iban á sacarla de su sueño; todos estos dulces recuerdos la perseguían en el claustro, le robaban el reposo y le impedían orar.

Había en aquella comunidad una pureza de costumbres y de pensamientos, que no podían menos de ser un antídoto contra el veneno que guardaba el corazón de la joven pensionista; además, si era un mal para ella tener un alma tan entusiasta y apasionada, porque casi siempre era víctima de la vivacidad de sus impresiones, no era ménos cierto

que esto le servía para que se aficionase sin trabajo á las personas que la rodeaban.

Una jóven religiosa, llamada Inés, se hizo muy pronto señora del corazón de Teresa; uniólas la más tierna amistad, y el llanto que la pensionista derramó en el seno de su amiga sirvió para aliviar sus penas.

—Mi querida Teresa, le decía algunas veces sor Inés; este asilo no es tan triste como os parece; yo lloraba en los primeros días de mi estancia en él, á pesar de que sólo me trajo aquí mi voluntad, y ahora no le cambiaría por el más espléndido palacio; lo mismo os sucederá á vos, no lo dudeis; día llegará en que sepais estimar su dulce paz, su tranquila quietud, y el purísimo ambiente que en él se respira.

Teresa sacudía la cabeza con dolorosa incredulidad, y se sonreía con amargura.

No obstante, poco á poco la melancolía ocupó el lugar de la desesperación; ya no buscaba Teresa la oscuridad de su celda para exhalar sus sollozos; complaciase en sentarse á la orilla de una fuente, y allí dejaba correr lágrimas abundantes, pero mucho ménos amargas de lo que antes lo habían sido; las bellezas de la religion y de la naturaleza hablaban á su alma apasionada y naturalmente poética, y, al través de sus obras, veía á Dios y su infinita bondad.

Una tarde de estío, y como cinco meses después

de hallarse Teresa en el convento, se encontraban ésta y su amiga paseando por la larga calle de tilos que formaba el centro del jardín.

El sol doraba con sus últimos rayos las copas más altas de los árboles; el ruiseñor cantaba entre los bosquecillos de tilos; la luna aparecía majestuosamente en el límpido azul del cielo, y las ranas, las cigarras y las avecillas cantaban al día el himno de despedida.

Llenaban el ambiente los más suaves perfumes, y un vientecillo tibio y leve traía el sonido de las campanas de un pueblo cercano que tocaban al *Angelus*.

—¡Qué bella tarde! exclamó sor Inés, deteniéndose en medio de su paseo. Teresa, ¿no sentís que se dilata vuestro corazón?

—Sí, repuso la jóven; me parece que respiro mejor, y que esta hermosa tarde aparta de mi alma las negras sombras de la tristeza que la envolvían.

—¿Qué tristeza no huye ante este sublime espectáculo? exclamó Inés con entusiasmo; la mía resistió poco tiempo á esta santa paz, y al fin huyó para no volver.

—Luego ¿también habeis sido desgraciada?

—¿Quién puede contar sólo días de ventura en su vida? dijo la jóven; yo he llorado también, y más que vos: á los dieciseis años ya no esperaba nada del mundo, y volví al cielo mis ojos.

—¿Y de qué género han sido vuestras penas?

—Amaba y era amada; pero mis padres me separaron del hombre que supo hacerse dueño de mi corazón, porque era pobre; desesperado, marchó á la guerra, y halló la muerte; el mundo quedaba desierto para mí, y me retiré á llorarle.

—¿Y le habeis olvidado?

—¡Jamás! ¿Y qué me importa? Mi amor vive en el fondo de mi alma, es verdad; pero vive puro y sin mancha; la muerte le ha purificado de las sombras del egoismo que le envolvían; amo, no á un muerto, sino á un alma que mora en el cielo y espera la mía.

—¡Vos al ménos teneis un objeto! murmuró Teresa; ¡pero yo! ¡Bajo los ojos á la tierra, y nada encuentro en ella que me sea caro más que mi familia, que me aparta de su lado y me desdeña; los elevo al cielo, y allí sólo veo á Dios! ¡Pero no importa; esta palabra va llenando poco á poco mi alma de alegría! Este santo y tranquilo albergue ahoga en mí el rugido de las pasiones; no, no seré yo quien suspire por amores terrenos, breves todos segun creo, y malogrados; yo he leído estos días con suma atención la vida de Jesus, que ya conocía desde niña, y he hallado en ella nuevas y sublimes bellezas, que antes no podía apreciar; ¡yo también amo, sí; yo amo á Jesus! ¡A Jesus, personificación de cuanto bello, grande y noble encierra el género humano! ¡A Jesus, todo bondad, sabiduría y hermosura! ¡A Jesus, que persuadía y

no castigaba, que amaba á todos y por todos, sufrió la muerte!

Hablando así, los ojos de Teresa lanzaban rayos de entusiasmo; á la palidez de sus mejillas había sucedido un color sonrosado; la vida volvía á circular por sus venas.

—Cuando yo era niña, prosiguió, recuerdo que rezaba delante de una imágen del crucificado y que oía dentro de mi alma su voz, más dulce que el canto de los ruiseñores en el bosque vecino; tenía yo en el jardín de mi padre una celdilla de paja; de una piedra me había hecho un altar, y sobre él tenía una imagen de Jesus, pendiente de la cruz por nuestro amor; algunas veces me levantaba de la cama y me iba allí á rezar; veía que el Señor se sonreía conmigo, y que le rodeaban rayos de luz; una noche le dije:

—Señor, ¡yo quiero ser siempre vuestra!

—¡Sí! me respondió; ¡tú serás Teresa de Jesus, y yo seré Jesus de Teresa!

—¡Dios mío! exclamó Sor Inés: ¿y despues de estos divinos favores habeis podido pensar en otra cosa que en ser religiosa? Aunque eso que me contais sólo sean ilusiones, deben bastaros para ser dichosa aquí.

—Teneis razon, repuso la pensionista; pero ¿qué quereis? ¡Por otra parte recuerdo las bellezas del mundo, y las fiestas, y los banquetes, y los torneos que he hallado descritos en mis libros de caballe-

rial ¡Yo adivino lo bello que será el tener hijos y esposo, y recuerdo la felicidad de que gozaba mi madre! ¿Por qué he de renunciar voluntariamente á todo, antes de ver nada?

Hé aquí, amiga mia, el estado de mi ánimo; la razon me inclina al claustro; mi imaginacion me hace desear el mundo; ¡y en esta perpetua lucha pierdo el sueño y el apetito, y mi vida se gasta estérilmente, cuando tan ricos frutos podía dar! Yo no sé lo que siento: pero os aseguro, querida Inés, que algunas veces pienso que tengo fiebre, y que mi vida no será de larga duracion.

—Desechad esos tristes presentimientos, dijo la jóven religiosa: Dios nos manda vivir, y desea para nosotros la felicidad: ¿á qué amargar la existencia con tristezas infundadas? Pensadlo bien antes de tomar determinacion alguna, Teresa; estudiaos á vos misma: meditaad si seriais más feliz rodeada de los cuidados de la familia, que tienen tambien sus amarguras como todas las cosas de la vida, ó bajo los muros de esta santa casa; y cuando esteis segura de vuestra vocacion, decidsele á vuestro padre; él es bueno, os ama, y no se negará á vuestras súplicas.

—Seguiré vuestro consejo, repuso la jóven; me dítaré durante un mes, y decidiré.

A pesar de esta promesa y de la seguridad que abrigaba la jóven pensionista de poderla cumplir pasaron los dias, y las vacilaciones de su alma

eran cada día mayores; las exhortaciones de las religiosas y el santo ejemplo que su vida ofrecía á Teresa, parecía como que la inclinaban á la vida monástica; pero á la sola idea de profesar, cuanto había en su naturaleza de mundano, de jóven y alegre, se sublevaba, obligándola á apartar con horror su pensamiento de aquellas ideas de eterna soledad.

Teresa amaba el siglo y sus diversiones; amaba mucho más los placeres que soñaba que los que había gustado, y se decidió á rogar á su padre que la sacase del convento.

No se negó D. Alfonso á esta demanda; pero dijo á Teresa que esperase algunos días, pues una impensada ocupacion le impedía por entonces llenar las formalidades necesarias para realizarla.

Tras de aquella ocupacion llegó luego un viaje, y despues otras mil excusas con las que procuraba don Alfonso dilatar á toda costa el cumplimiento de los deseos de su hija.

No le faltaba razon al anciano para obrar de aquella suerte; conocía el carácter vehemente de Teresa, su horror á todo yugo, su volcánica imaginacion, la viveza de sus impresiones; dotes todas funestas tratándose de una jóven hermosa, rica, y que debía vivir con muy escasa sujecion, teniendo en cuenta la edad y los achaques de su padre, y la índole blanda y tierna por demás de su hermana mayor.

—¡Dadle, Dios mio, la vocacion religiosa que, á mi juicio, necesita para salvarse, y moriré contento! exclamaba en sus oraciones D. Alfonso.

Teresa, empero, no conseguía del cielo ni fortaleza ni serenidad de ánimo; luchaba sin cesar y la lucha gastó sus fuerzas, postrándola, al fin, una enfermedad grave y dolorosa.

V.

D. Alfonso acudió á socorrer á su hija y la sacó del convento, llevándola á su casa hasta que se restableciera.

Una fiebre nerviosa, en extremo aguda, era lo que aquejaba á la jóven; el desórden de sus ideas se manifestaba en un continuo delirio, que la privaba del sueño y del reposo; visiones espantosas atravesaban por su cerebro; unas veces se veía tendida en el túmulo y cubierta la frente de ceniza en el acto terrible de su profesion, y quería huir des-pavorida; otras, decía que sentía sobre su cuello el frio de las tijeras que iban á cortar su cabellera; otras, hablaba de luces, de flores, y de su último día de libertad sobre la tierra.

Creía tambien, en algunos momentos, estar al lado de sor Inés, sentada á la orilla del arroyo que atravesaba la huerta de las religiosas Agustina.

nas, y entonces ponderaba el bienestar que sentía y cómo la frescura del ambiente disipaba el calor de su cabeza dolorida; hablaba de Dios y de la gloria de servirle, y se llamaba dichosa, porque sólo á Él estaba y quería estar consagrada para siempre.

De repente, estas imágenes tranquilas eran sustituidas por otras voluptuosas y alegres, pero que volvían á sumergirla en una extrema agitacion.

Veía un baile, que, en realidad, jamás había visto: los caballeros la aclamaban por la más hermosa; las mujeres la miraban con envidia; Teresa danzaba coronada de flores, y respondía á las galantes frases que creía oír con locas carcajadas.

Aquel terrible delirio puso su vida en gran peligro; la naturaleza se rendía fatigada y falta de fuerzas; por fin, la misma debilidad, producida por el exceso del mal, sirvió para aliviarla, pues calmó los ardores de la fiebre y los transportes del delirio.

Quedó, sin embargo, tan débil y tan quebrantada, que creyóse necesario sacarla por algunos dias al campo, y la llevaron á una casa que su padre poseía en la campiña, acompañándola su hermana mayor y su tío D. Alvaro, el mismo que la había encontrado algunos años antes con su hermano Rodrigo, cuando ambos querían ir á Morería en busca de la palma de los mártires.

No podía haber deparado el cielo á Teresa una

compañía más sana y más ejemplar que la de su tío y su hermana; ambos eran dos seres angelicales, cuyas almas estaban llenas de la piedad más sincera y más profunda.

D. Alvaro, consagrado desde hacía largo tiempo á la práctica de obras de caridad, fué el que más contribuyó á tranquilizar el ánimo de Teresa con sus suaves exhortaciones y consejos.

—Hija mia, le decía aquel anciano venerable; no está tu alma formada por Dios para vivir con tranquilidad en un mundo rodeado de peligros y de tentaciones; hay en tí dos elementos contrarios que luchan entre sí, y que harán tu vida y tu reposo despojo de su combate; tu conciencia es recta, tu alma pura; pero tu imaginacion te arrastra al desórden y á los placeres; no pierdas lo que has conquistado á fuerza de tantos dolores; te falta una madre que te aconseje y te acompañe, y eres la pobre ovejilla descarriada, sin pastor ni redil, que habrá de fenecer en las garras del lobo.

—Tío mio, repuso Teresa; conozco la verdad de cuanto me decís; ¡sí! mi corazón y mi cabeza están en perpetua é incesante lucha, y no sé cómo acallarlos; pero digo la verdad, porque no de otro modo podría pagar vuestros consejos paternales. ¡El claustro y sus privaciones me horrorizan! ¡Allí el tedio me consume, y ya no bastan para consolarme, ni el ejemplo ni las amonestaciones de las buenas religiosas! Dejad que pase algun tiempo

en la soledad, pero viendo gente cuando lo desee; mi padre no se opone á que me case, si soy amada de un hombre digno; quisiera hallar ese amor protector, y que naciera á la vez en mi alma para aceptarle en seguida.

Tal fué el resultado de las luchas, de las cavilaciones, de los dolores morales que atormentaban á Teresa.

Quedóse en el campo su hermana y una criada para el servicio de ambas, y quedó asimismo dueña absoluta de su voluntad.

Cuando lo deseaba, iba á casa de su padre, y allí veía gentes, y trataba á los jóvenes de más elevada posición de la ciudad; pero, aunque contaba en cada uno un pretendiente, su corazón permanecía frío y mudo; el bello ideal que ella soñaba y al que su imaginación activa rodeaba de todas las perfecciones imaginables, no parecía en ninguna parte.

Hallaba al uno vulgar, atrevido al otro; á aquél de escasa belleza, á éste presuntuoso; y corriendo tras un bien, tanto más perdido cuanto que sólo le había visto en sus sueños, la pobre joven cayó de nuevo en la amarga melancolía que, desde hacía dos años, era su estado casi habitual.

—¿No hallas ninguno que te agrade entre tus pretendientes? le preguntó un día su padre, admirado de su indiferencia y de que volviera á estar triste y meditabunda.

—Ninguno, padre mio.

—¿Qué defectos les encuentras?

—Yo misma no lo puedo decir.

—Considera, mi pobre Teresa, que vas á dejar pasar de ese modo los mejores años de tu vida.

Teresa nada contestaba y se retiraba á su cuarto, para llorar libremente el vacío de su corazón.

VI.

Nada tenían de extraño el desaliento y la profunda frialdad que iban invadiendo el pecho de la desgraciada joven.

Llevaba en el alma la huella de una imagen divina; la imagen de aquel Jesús que había visto retratado por los pintores, si bien de una manera imperfecta; y, sin embargo, aquella imagen sublime la había conmovido profundamente, y todo lo que era mortal le parecía mezquino, odioso y miserable.

En cuanto al valor moral del amante que había elegido su alma y por el cual suspiraba, su alma misma lo había adivinado al leer su vida y su heroica muerte, por salvar al género humano.

Teresa volvió á su soledad y á sus libros devotos, única cosa en que hallaba consuelo.

Persuadida al fin de que buscaba lo que no

existía en la tierra, elevó los ojos al cielo y ofreció á Jesus consagrarse enteramente á su amor con la fidelidad y ternura que sólo á él quería dedicar.

Escribió á su padre, que estaba en la ciudad, manifestándole que prefería, á buscar un amor que no podía hallar asilo en su alma, volver al convento, donde tomaría desde luego el velo de novicia, empezando á prepararse de este modo para el acto solemne de su profesion.

Muy sensible fué para el buen anciano esta terminacion de las vacilaciones de su hija; había abrigado la esperanza de verla casada á su lado, y se encontraba con que la perdía para siempre; pero, deseoso de contribuir á la tranquilidad de Teresa, le contestó que, cuando quisiera, se hallaría dispuesto para conducirla al convento.

Ocho dias despues, llegó la jóven; estaba pálida y delgada; pero en sus ojos resplandecía una resolucion sublime; nunca había parecido tan hermosa!

Entró en el cuarto de su madre, cerrado desde su muerte, y fué besando uno despues de otro todos los objetos que había usado doña Beatriz, y despidiéndose de ellos tiernamente, se arrodilló al pie del lecho donde su buena madre había exhalado su último suspiro, y oró largo rato con íntimo fervor, rogándole que desde el cielo velase por ella y le alcanzase valor para cruzar la penosa senda de la vida, en la que preveía que aun había de hallar muchas asperezas.

Pasó luego á su cuarto, dando igualmente el último adios á los trajes que había usado y á todos los muebles, que amaba como á sus amigos y como á los compañeros de todos sus dolores silenciosos é ignorados.

Despues salió para el convento, acompañada de su familia, y aquella misma tarde ciñó su frente el velo blanco de las novicias.

Durante un año, la vida de aquella jóven, que había nacido con todos los elementos necesarios para una perfecta dicha, y que era, no obstante, tan desgraciada, se deslizó más tranquila que de ordinario; se le iba haciendo ménos sensible la falta del mundo, y hallaba más calma para la oracion y para cumplir con los preceptos de la regla monástica.

Sin embargo, al cumplir el término de su noviciado, no se halló tampoco con resolucion bastante para tomar el velo, y alcanzó su familia del Papa la prórroga del cumplimiento de sus votos.

A pesar de esto, el 2 de Diciembre de 1536, y teniendo Teresa veintiun años y algunos meses, profesó por fin, aunque no en el convento de Agustinas, sino en el de religiosas carmelitas de Avila, su ciudad natal.

Desde el instante mismo en que pronunció sus votos, Teresa tuvo motivos para aplaudir su resolucion.

Fijado ya su destino, huyeron las vacilaciones,

y el amor divino se aposentó en su alma, para no abandonarla jamás.

Una perfecta tranquilidad de espíritu reemplazó á sus antiguos combates; el celo, verdaderamente evangélico, á la tibieza y aun al desvío con que había mirado hasta entonces la regla monástica; parecíanle suaves en la práctica las más difíciles virtudes; el trabajo más duro, las más ásperas penitencias dejaron de repugnarla; entregábase á la austeridad con la misma eficacia con que antes había deseado agradar, y bien pronto llegó á ser la edificacion de todas sus compañeras, y objeto de las alabanzas de la comunidad entera.

Todos los pretendientes de Teresa lamentaron su final determinacion, y la profesion de aquella hermosa jóven fué, durante muchos dias, el tema de las conversaciones de la ciudad.

Sin embargo, aquella vocacion, al parecer tan perfecta, no lo era; los buenos deseos de la nueva religiosa y los impulsos generosos de su alma se estrellaron contra la rebeldía de la naturaleza.

«Teresa—dice un elegante escritor contemporáneo—no pudo resistir aquel género de vida; su temperamento sensible y delicado se irritó con las privaciones y la penitencia; al fin comenzó á padecer frecuentes desmayos y enfermó de nuevo, pero más gravemente.

Entonces no guardaban religiosa clausura las carmelitas de Avila. D. Alfonso pudo sacar á su

hija del convento y llevarla á su casa hasta que se restableciese.

Pero aquella debilidad mortal, aquel abatimiento profundo resistían á todos los remedios, y Teresa iba pareciéndose más á una sombra que á una mujer, cuando el pobre y anciano padre, lleno de desconsuelo y amargura, determinó llevarla al pueblo de Becedas, donde vivía una curandera, famosa en aquellos tiempos en que tanto imperaban la ignorancia y la supersticion.

Aquella mujer examinó á la pobre enferma y declaró á su padre que se encargaría de devolverle la salud, á condicion de que la dejase en su casa, condicion á la que D. Alfonso se resignó con la esperanza de ver pronto restablecida á su hija.

Pero la curandera, como debía esperarse, no hizo más que empeorar el estado de la pobre Teresa, que no tardó en verse á las puertas del sepulcro.

Tres meses despues de haberse separado de don Alfonso, le escribía aquélla las siguientes líneas:

«Padre y señor: venid pronto en busca de esta hija vuestra, que aunque os cuesta muchas más amarguras y cuidados que merece, no quiere causaros el dolor de su muerte; á mi habitual enfermedad de desmayos, debilidad y languidez, se ha unido ahora un entumecimiento general de todo mi cuerpo, que me tiene del todo baldada é impedida: ¿Qué será esto? No lo puedo adivinar;

pero bueno será que me saqueis de las manos de esta mujer ignorante, que, sin quererlo y sin saberlo quizá, no será extraño que acabe con mi vida.»

El buen padre leyó esta carta derramando lágrimas de dolor; luego hizo preparar una pesada carroza con lo preciso para disponer un lecho en su fondo, ordenó á algunos criados que montasen en mulas para escoltar á la enferma, y, poniéndose al frente de todos, se encaminó en busca de Teresa.

Cuando vió á aquella hija, que le era tan amada, pensó morir de dolor.

Apenas halló la sombra de la hermosa jóven que le llamaba padre y que era el fiel retrato de la belleza de su madre doña Beatriz. Teresa, pálida, estenuada, apenas tenía fuerzas para hablar ni para abrir los ojos; colocáronla en el coche, y don Alfonso ordenó que éste marchase muy despacio.

—Señora, dijo á la curandera al salir: os entregué una enferma, es verdad; pero me devolveis un cadáver; ¡qué Dios os perdone como yo!

Esto diciendo, montó de nuevo en su mula y siguió al triste convoy, que se dirigía á Avila de los caballeros.

VII.

Dos días despues se hallaba D. Alfonso de Cepeda sentado al frente de un grupo, compuesto de los más sabios doctores de Avila, Salamanca y Valladolid.

Ya hacía rato que éstos discutían gravemente; en el rostro del anciano caballero se leía una ansiedad mortal.

—Y bien, señores, preguntó D. Alfonso; ¿qué me decís? ¡Ved la angustia en que me hallo! Pensad que es un padre el que espera vuestra decision.

—A la verdad, señor don Alfonso, dijo uno de los doctores, que no sabemos qué deciros; yo, por mi parte, no hallo remedio para la dolencia que aqueja á vuestra hija.

—Ni yo, añadió otro; es tal su estado de prostracion y debilidad, que dudo que se la pueda propinar remedio alguno.

—¡Y qué! exclamó dolorosamente el desventurado padre: ¿no habrá remedio posible para esa cruel dolencia?

—Por lo ménos, nosotros no lo conocemos; respondieron los doctores con automática seguridad.

—¿Luego debo resignarme á ver morir á mi hija?

—Esa, sin duda, es la voluntad de Dios.

—¡Señores! exclamó consternado el anciano; yo os ruego que, antes de retiraros, dejándome sólo con mi desesperacion, paseis otra vez por la alcoba de la enferma; por amor de Dios, ved si aun queda alguna esperanza, y en tal caso, no la abandonéis; mi fortuna es vuestra; toda entera os la cedo si salvais á mi hija.

Los médicos se miraron, y despues, seguidos de don Alfonso, pasaron á la cámara de la enferma.

Teresa llevaba su hábito carmelita y su toca blanca; sólo se la había despojado del velo, y se hallaba sentada en un sillón, por no poder sufrir el lecho, á causa de la fatiga que la agobiaba.

Más que á una jóven de pocos años, se asemejaba la religiosa á un esqueleto, escapado de su tumba; los huesos herían la piel; las facciones, socavadas por una profunda flacura, la boca marchita, los ojos hundidos y las manos descarnadas, le daban un aspecto tal, que á no ser porque aun se traslucían algunos rasgos de su gran belleza, hubiera causado espanto.

—¡Hija mial exclamó D. Alfonso adelantándose hacia ella; ¡habla! ¡dí lo que sientes... lo que te duele... lo que tienes!

Separóse la doble y rica franja que formaban las pestañas de la enferma; se entreabrieron sus labios, y quiso hablar; pero su voz estaba completamente apagada por la debilidad, y no se percibió ningun sonido.

Teresa llevó al pecho y á la cabeza su demacrada mano, y luego, agobiada de dolor y de fatiga, cerró de nuevo los ojos, dejando escapar algunas lágrimas de desaliento.

Un segundo despues se apagó su respiracion y quedó inmóvil, cayendo sus brazos, inertes, á lo largo de su cuerpo.

Los médicos se consultaron con una mirada, y uno de ellos se atrevió á decir:

—¡Ha muerto!

Se hallaba allí presente la hermana mayor de Teresa, casada ya desde hacia algunos años, y que habitaba con su esposo en una hermosa casa, ó castillo, situado en las inmediaciones de Avila; aquella jóven, que siempre había amado tiernamente á su hermana, se acercó llorosa y acongojada á la que ya juzgaban cadáver, y apoyó los labios en la frente de Teresa y una mano en su corazón, en la seguridad de que había dejado de latir.

Sin embargo, un leve movimiento, que notó, le hizo levantar vivamente la cabeza.

—¡Aun no ha muerto, dijo, volviéndose á su padre y á su esposo; ¡he sentido latir su corazón! ¡Aun hay esperanza!

—Ninguna, repusieron en coro los doctores.

—La hay mientras Dios no destruya el soplo de vida que conserva, repuso severamente el esposo; y ante todo, debe administrarse á la enferma la Extremauncion, para que muera como cristiana.

En efecto; algunos instantes despues, Teresa recibía el último de los sacramentos de la Iglesia; y se puede afirmar que lo recibió, porque, en tan solemne ocasion, entreabrió los ojos y exhaló un débil suspiró.

Pero casi al mismo instante se disipó aquel rayo de esperanza, y la enferma volvió á quedar inerte y como privada de vida.

«Dióme en aquella noche—dice la misma santa al referir su vida—un paroxismo, que me duró cuatro dias el estar sin ningun sentido; cada hora y momento pensaban espiraba, y no hacían sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera; teníanme á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé despues en los ojos; clámore y oraciones á Dios, muchas; bendito sea el que quiso oirlas, que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio, esperando el cuerpo allá, y hechas las honras de nuestros frailes, quiso el Señor que tornase en mí; luego me quise confesar, y cumulé, con hartas lágrimas.»

Teresa volvió en fin á la vida; pero los terribles medicamentos que la habían administrado la dejaron tan sumamente estenuada, que su sólo aspecto arrancaba lágrimas de compasion á cuantos la veían.

Parecía empezar á recobrase algun tanto, gracias á los tiernos cuidados de su familia, cuando sobrevinieron nuevas y acerbos dolencias; se le

hinchó la cabeza y se le llagaron la garganta y la lengua del modo más lastimoso.

«Sólo Dios podía comprender los insorpotables tormentos que yo sufría—dice la santa en su *vida*—y me empeñé en que me llevasen á mi convento para no morir en tierra extraña.»

Fuéronse de nuevo y poco á poco mitigando los graves padecimientos de la religiosa; pero le quedó una debilidad tal, que por espacio de tres años no pudo, no solamente andar, pero ni ponerse de pie; tal era su fatiga y lo exhausto y rendido de sus fuerzas despues de tan crueles dolores.

Siempre se ha creído, y aun la experiencia lo ha demostrado, que las personas dotadas de un gran talento están tambien dotadas de un carácter áspero y dominante; pero, Teresa era un ejemplo de que puede muy bien suceder lo contrario; segun ella misma dice, hablando de sus inclinaciones y afectos, siempre prefirió al suyo propio el placer ajeno; y añade que le costaba tan poco el complacer y servir á sus semejantes, que no debía tomársele como mérito, por cuanto ni aun pensaba en sí misma.

En todo el tiempo de su larga enfermedad y de su dilatada convalecencia, no se le oyó jamás una queja; su conformidad, su paciencia, la dulzura de sus palabras y de sus modales en medio de tan amarga situacion, admiraban y enternecían á todos.

«Leía—dice—la vida del Santo Job, y esta lectura me sirvió de mucho para tener paciencia en mis grandes trabajos, pues lo que yo sufría no me parecía nada, comparado con lo que él sufrió.»

Aquella conducta verdaderamente heroica; aquella continua batalla con los instintos materiales, en los que el alma salía siempre pura y triunfante, se hicieron públicos por la ciudad, que empezó á llamar á Teresa Cepeda con el dictado de *santa*.

Su salud, si bien tan lentamente como queda dicho, llegó á recobrase; pero ¡oh, crueldad infatigable de su destino! con ella revivieron las aficiones mundanas y su profunda aversion al claustro.

La misma santa lo confiesa con una noble ingenuidad; á medida que se alejaba la muerte, se debilitaban sus piadosas disposiciones y volvía á pensar en las delicias del mundo, con toda la vehemencia de que su alma era capaz.

Comenzó de nuevo aquella lucha terrible que había amargado los más bellos y floridos años de su existencia; porque Teresa conocía demasiado bien lo que convenia á su eterna felicidad, y sin embargo, no podía avasallar el deseo voraz, inmenso, que la arrastraba hacia las pompas y vanidades del mundo.

«Yo no quiero mirar fuera de mi monasterio—escribía á sor Inés, su amiga de las agustinas.—Quiero ver si entre estas santas paredes, á las que

ya me he adherido por los votos de mi profesion, hallo la tranquilidad que mi alma necesita: ¡feliz vos, ¡oh amiga mia! que vivís ahí con la dulce paz de una conciencia pura! yo estoy, y tal vez estaré siempre, mortalmente azotada por el viento de mis pasiones; ¡y no puedo, por más que en ello me esfuerzo, conquistar la tranquilidad, que temo haya huido de mí para siempre!»

En efecto: Teresa se sujetó al régimen más duro; se negó hasta á recibir á su propia familia; se abrumó de penitencias; pero su imaginacion era un fuego que la devoraba, y que todos sus esfuerzos no podían apagar.

Cayó por entonces su padre peligrosamente enfermo, y Teresa se dijo que debía ir á asistirle, sirviendo así un pretexto sagrado para romper sus prisiones, que ya empezaban á serle de nuevo intolerables.

Encontró á su padre casi moribundo; mas al verla hizo el anciano un movimiento de admiracion dolorosa que fué para la santa la más cruel de las reconvencciones.

Pidió el anciano que le dejasen solo con su hija, y la reconvinó severamente, por la primera vez de su vida, á causa de su injustificable conducta.

Teresa, aterrada, se dejó caer de rodillas junto al lecho del moribundo anciano, y ocultó sollozando el semblante entre sus manos.

—Si quieres que muera tranquilo, prosiguió

don Alfonso, ofrécame que volverás á tu convento, y que ya no te apartarás de las reglas de tu religion.

—Yo os obedeceré, padre mio, así que Dios os haya llamado á una vida mejor, repuso la jóven; por ahora, dejadme cuidaros y me iré preparando para cumplir vuestros deseos.

El anciano experimentó alivio por algunos dias; durante ellos, observó á su hija y pudo convencerse de que no cumplía con ninguna de las reglas de la Orden, y de que vestía, comía y obraba en todo, absolutamente, como si fuera seglar.

D. Alfonso la reconvino de nuevo, empleando alternativamente los ruegos y las severas reprensiones, y obtuvo de su hija la formal promesa de enmendarse y de seguir constantemente la entonces suave regla monástica de su Orden.

Pocos dias despues murió D. Alfonso, y Teresa, en cumplimiento de su promesa, volvió á su monasterio.

VIII.

¿Para qué hemos de molestar á nuestras lectoras con la relacion de las terribles batallas que aun tuvo que sostener Teresa entre sus inclinaciones y su tímorate conciencia?

Bástenos decir que contaba 25 años cuando murió su padre, y que ya había cumplido 45 cuando todavía no había podido sofocar por completo la lucha empeñada entre su alma y sus sentidos.

¡Terror causa el pensar que, por espacio de tantos años, estuvo esperando una vocacion, que no acababa de llegar jamás, aquella criatura, que reunía las dotes más brillantes! Que la mayor parte de su vida, con muy cortos intervalos, tuvo que combatir con el enemigo del género humano, que le presentaba la vida del mundo llena de deleites y el claustro lleno de horrores, y que salió al fin triunfante, llevando sobre las sienes su virginal corona!

Durante el largo período de veinte años se sujetó á tales austeridades, que su vida se halló en peligro muchas veces.

Por fin, cediendo los ímpetus de su juventud y sin duda porque Dios tuvo piedad de ella, cesaron sus dudas de una manera tan extraña, que no vacilamos en llamar providencial.

Un devoto regaló para la iglesia de carmelitas un hermoso cuadro, que representaba á Jesus con las llagas abiertas.

Teresa vió desde el coro el sitio donde le habían colocado; algunas velas que habían encendido las religiosas alumbraban la santa efigie; su vista obró en el espíritu de Teresa una revolucion saludable,